

EL CORAZÓN DE MARY SHELLEY

DANA HART



Llovía a cántaros, era uno de esos días en los que parecía que el cielo se iba a caer a pedazos. Yo miraba por la ventana e intentaba no pensar en las millones de ideas terribles que se me aparecían en la cabeza sin vacilar. Un incendio, la muerte de alguien, un trágico y terrible accidente. Miraba las ramas moverse con el resoplar violento del viento y pensaba que se me iban a caer encima, rompiendo la ventana, luego me despejo siempre y se, al instante, que solo está en mi cabeza.

La culpa la tiene Edgar Allan Poe y sus novelas. Instala imágenes mentales en la cabeza, difíciles de sacar, como la del buitre picoteando los pies, o la del corazón palpitando. El año pasado publicó “El corazón delator”, que leí con gran asombro, me impactó poder oír el ruido del latido constante, sistemático, como la gota que cae de una llave de agua. Sería algo morboso decir que esa fue mi fuente inspiradora, pero cuando Percy murió, sentí el mismo sonido. Sentí el latido en el tímpano de mi oído, aunque su cuerpo estuviera vacío, sin vida.

No quise contarle a nadie, porque probablemente ningún otro doctor hubiese aceptado tremendo procedimiento, sino fuese porque me conoce, sabe quién soy, ha conocido a mi madre, ¿y quién no? ¿por qué suena tan gótico y tan sangriento? ¿por qué no puedo ni escribirlo sin sentirme un tanto avergonzada? Le pedí su corazón, que me entregó resuelto en un frasco de vidrio, bañado en un líquido amarillento. No late ni se mueve en la oscuridad de mi repisa. Mintió Allan Poe. No hay sonidos. Está tan muerto como el resto de los libros en la estantería, como los adornos de madera que colecciono desde pequeña. Y ahora que sin movimiento, no demuestra su existencia, me pregunto si alguna vez estuvo, quién fue para mí.

¿Quién fue para mí, ese corazón inerte, que ahora descansa inmóvil? Se llevó mis pasiones, lo más detonado de mi esencia. Se alejó, quedándose con él, una parte de lo que me constituye. Me desarmó. Hizo de mí, una construcción social creada en base a la destrucción, al tormento de la carne, al golpe acérrimo, al procedimiento quirúrgico más extremo. Realmente no le quise. No le quería nunca.

Le miraba a mi lado y me disgustaban sus modos, sus gestos, su forma de ser, de vestir. Irritable. Irritada. Irritante. Todo en cuanto a él se refería me irritaba. Cantaba como si fuera bonito. Se sentía bonito. Cuando caminábamos y pasábamos cerca de cualquier vidrio que pudiera mostrar su reflejo, se detenía y se ponía de frente para observarse y peinarse durante unos segundos, sin importarle que hubiera personas del otro lado que pudieran estar mirándole. Él sentía que brillaba con luz propia. Sus amigos eran su prioridad, como si hubiese nacido en una tierra que establecía que el valor más importante es la amistad, que el objetivo de la vida es crear amistades, tener un grupo de amigos, juntarse con este grupo, salir de parranda, tomar, ser el centro. Él era el centro indiscutido de sí mismo.

Lo culpo por la muerte de mi bebé. Era un día de lluvia, igual a este, la tormenta abatía la ciudad y Percy llegó abruptamente, tuvimos que salir a la humedad, el frío, un aviso de desalojo, nuestras cosas en maletas, se mojó todo. La humedad, el frío. Neumonía.

Mi bebé murió en mis brazos, mientras trataba de evitar el rostro de desprecio que me produjo que él le asesinara. Percy asesinó a mi bebé. No fue un cuchillo ni un disparo en la cabeza, no abrió su cráneo ni reventó sus intestinos, pero le asesinó con la negligencia, el exabrupto, la falta, la carencia, el abandono emocional. Al fin y al cabo se puede estar allí, y no estar para nada en realidad.

Ya llevaba un largo tiempo enfermo. Algunas partes de su cuerpo parecían quedarse dormidas durante largos períodos de tiempo. Tenía que hacerle masajes o darle golpecitos con un instrumento para intentar revitalizarle. Cuando le bajaba y le subía un brazo por ejemplo, lo miraba y me preguntaba si esa pequeña muerte de su extremidad, no era una forma de manifestar su culpa por el asesinato de mi bebé, pero nadie escribe sobre esas ideas.

Sigo obsesionada con la idea de publicar sus novelas. Hacía escritos muy buenos, intensos, que opino merecen renombre, pasar a la historia, más que mis propias obras. ¿Más que mis propias obras? ¡Más que Frankenstein!

¿Quién merece pasar a la historia más que Frankenstein? Tanto tiempo invertido en él. Me pregunto cuánto porcentaje de mi tiempo he dedicado a él, a pensarle, a trabajarle, a promoverle, a repararle, a potenciarle, a garantizarle, a satisfacerle. Si hubiese podido agarrar todo ese tiempo invertido, durante todos estos años, en él, y lo hubiese podido meter adentro de una caja, de seguro la caja sería enorme. Y si esa caja la hubiese podido utilizar para otros fines, de seguro los alcanzaba. Él se robó mi tiempo. Ladrón de mi deseo. Me vi perdida en más de una oportunidad, fantaseando, imaginando, ilusionada, como un néctar, una adicción por pensar en lo romántico. Le extraño. Le extraño y le detesto.

Hacía un ruido al masticar, desagradable. A veces le hablaba y no me respondía de buenas a primeras, tenía que insistir dos o tres veces y resulta que no era sordo, solo tenía sordera selectiva, ante mis palabras, cuando le pedía que fuera a hacer algún arreglo, alguna tarea, algún mandado.

Sordera selectiva. E imbecilidad selectiva también, pese a hacer maravillosas novelas, no era capaz de cambiar un pañal. Tal vez por eso tuvo que matarla también. Le detesto. Le detesto tanto como le extraño. Su olor a madrugada. Sus manos acariciando mi cuerpo. Hacer el amor. Tener un orgasmo sobre su cuerpo desnudo. Tenía algo, que cuando yo me enojaba gravemente frente a un asunto, él, buscaba la forma de compensármelo, de solucionarlo, de repararlo. Eso nos mantenía juntos. Un constante fluctuar entre peleas y reconciliaciones.

¿Hasta cuándo iba a durar? ¿Por qué no pude pararlo? ¿Por qué solo puedo reflexionar sobre esto, ahora que está detenido el latido? ¿Quién era el hombre que se capturó mi potencial psíquico y lo retuvo para sí, como un captor del intelecto que le pertenece a la historia de las mujeres disidentes y con ellas, a la humanidad? ¿Yo le robé el corazón Percy o él ya había robado el mío?

Estúpido Allan Poe, que con su cuento prometió el latido, el movimiento, la cálida sensación de la vida.

Sigo teniendo este sueño en el que despierto angustiada, luego de haber bajado y subido edificios, en los que toco todos los botones, pero no encuentro lo que busco. Sueño que alguien me persigue, como la mayoría de los mortales. A veces sueño que te tengo, que nos amamos, que somos felices dentro de los grupos sociales, con amigos que vienen los sábados por la noche a cenar a casa. Un mantel de seda que se mancha con las gotas de vino. Brindamos. Te observo con el tiempo a favor, sueño que te envuelvo con mi ternura, que en nuestra casa no hay sombras. También he soñado que estamos en el agua, te sumerges, vuelves a aparecer, siento la felicidad de estar flotando a tu lado en un río de aguas tranquilas. Cuando despierto no estás a mi lado, el vacío se apodera del espacio como un agujero que lo absorbe todo y yo sigo aquí. Viendo pasar la muerte, el tiempo, el espacio, viendo irse amigos, visitas, marchitarse jardines. Y sigo aquí.

Soy todo lo que no quiere irse. Estoy hecha de las partículas de las rocas. No hay futuros para programar ni pasados a los que poder volver. El amor es para mí, un frasco amarillento.

¿Cómo sostenerme siendo una unidad? ¿Cómo enfrentar a las voces en mi cabeza y combatir la angustia de estar sola, para reemplazarla por la paz de estar sola, por el alivio? ¿De qué manera me estiro yo, hasta completar el espacio vacío en mi pieza? La gente muere de múltiples maneras. Ahora no tengo claro si el que está muerto es él o yo, que vagabundo por los pasillos de mi hábitat, sin tener consciencia, ni ánimos para el esparcimiento. ¿A quién refleja esa sombra que me sigue? ¿Quién es la mujer, construida para él, que hoy debe pararse sobre sí misma? ¿De qué están hecho estos pies, que no han podido sostenerme hasta ahora? Las partes cocidas a un todo, la muerte, el dolor, la vida, ya escribí sobre esto.

Esta mañana pensé en la idea sobre escribir, algo triunfal, heroico, algo que salga bien, que sea moralizante, de fuerza. Después de todo, quién quiere más historias trágicas, terribles, quién quiere más sufrimiento en las páginas de la vida.

Pensé en escribir una historia sobre una mujer moderna, sin describir su cuerpo, para dar a entender que podría ser cualquiera de nosotras, pero detallando en extremo su carácter, su fuerza y endereza. Tampoco quisiera darle nombre alguno. Lo que me interesa recalcar es el nudo de la historia, una mujer que da la batalla más dura de todas. No quiero que alcance la cima del monte más alto, ni rescate a personas de un incendio, ni cure bebés de enfermedades terribles. Quiero que alcance la cima de sí misma mediante su intervención en la época. Que toque los hilos que atan las estructuras elementales y los desate uno a otro, con enormes tijeras. Mi protagonista, sin nombre ni forma física definida más allá de su género oprimido, logrará de varios zarpazos, alterar el curso de los acontecimientos.

Solo espero que en el desarrollo de mi novela, no aparezca el infortunio que me invade a la hora de sentarme a escribir. Justo cuando intento dirigirme hacia algún sitio, se me imponen las letras hacia la dirección menos debida y debo ir allí, sentarme, acariciar lo que creo.

A veces no se si será la influencia del entorno. Afuera se vaticina el fin del mundo, el conocidísimo William Miller ha anunciado el último día de la tierra. Y aunque realmente me parezca un fraude, hay algo de terrible en la atmósfera de la época. ¿Soy tan terrible como mi entorno? ¿O soy fruto de sus contradicciones?

Intento ir al baño, me parece que no voy a llegar. Cuando me paro frente al espejo, la imagen ya no es la de antaño. Mis ojeras, mis increíbles ojeras que parecen llegar hasta el suelo, son probablemente el resultado de una vida de muchos sueños, sueños diversos, sueños dispersos, sueños ganados y sueños frustrados. Las arrugas que si no invaden la ropa, atacan la cara, las líneas de expresión ya fijadas sin premio ni consuelo. Siempre parezco sonreír, con una risa un poco irónica, como pidiendo explicación. Me lo dijeron muchas veces, y cuando me veo frente al espejo, efectivamente, tengo esta sonrisa tan burlesca. Mi cabello ha crecido más allá de la cuenta, no siento el deseo de cortármelo porque es una parte infinita de mí, que crece sin pedir permiso, largo, poco uniforme, revoloteado.

Quisiera poder amarme al verme, admirarme, quererme, darme contenido histórico, pero veo cenizas. Las cenizas de lo que alguien más alguna vez fue o pudo haber sido. Veo los sueños sin cumplir de quien fallece en el anonimato, creyendo que sería alguien, sin haber sido nunca nadie. Y es que no somos nunca nadie. Salvo mi madre. Mi madre no podía mirarse al espejo. Sentía que era una acción demasiado vanidosa, así de entregada era esa mujer. Con sus defectos, pero también con sus virtudes. Su escrito fundamental llamado "Vindicaciones", es una defensa férrea de las mujeres, ante un mundo que nos somete. Lo leí tantas veces que puedo recitar párrafos de memoria, mi favorito es sin duda, aquel que dice: "Primero consideraré a las mujeres como criaturas humanas que, en común con los hombres, se hallan en la tierra para desarrollar sus facultades". Toda mi infancia esta frase resonó entre las paredes de mi cabeza. Me educó. Me formó. Aprendí a leer con este trabajo.

Había otra frase también, que siempre volvía a mi memoria, que decía: “Un deseo salvaje ha fluido de mi corazón a mi cabeza y no lo reprimiré aunque pueda excitar carcajadas. Deseo honestamente ver cómo la distinción de los sexos se confunde en la sociedad...” Intento terminar esta frase que he repetido tantas veces en mi memoria, pero ahora no puedo. Las palabras me suenan ajenas. Extrañas. Pero continúa igual: “... menos en los casos donde el amor anime la conducta”. Y me repito en voz baja, “menos en los casos donde el amor anime la conducta”, ¿la conducta desigual? ¿en qué casos el amor animaría una conducta desigual, madre? La más grande defensora de nuestros derechos, sometida por costumbre al amor, por obligación, por cultura. ¿Quién o qué te arraigó la idea de que el amor debe ser incondicional? ¿Quién o qué nos dijo que puede implicar la pérdida de todos nuestros derechos para amar, para entregarse, para encontrar allí en lo bajo, en lo hondo, en el fondo, la satisfacción del final? ¿Por qué se dice en algunos sitios que el orgasmo femenino es una “pequeña muerte”?

¿Qué tan anexado está el deseo ajeno, a la posibilidad de asesinarnos, de volvernos cero, real o abstractamente?

Salgo del baño y no sé qué hacer. Me desubica una rutina en la que no tengo que servir, reponer, satisfacer. Me siento a escribir y el frío me dificulta tomar el lápiz, pero en cuanto aparecen las primeras letras, veo a mi protagonista ante mí, lista, resuelta, dispuesta, intento hablarle pero ya se por qué no me contesta, me está hablando en letras que dicen: ¡Cómate de derechos!



Dana Hart

www.danahartescritora.com